

Jean Echenoz

El meridiano de Greenwich

Traducción de Josep Escué



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Le Méridien de Greenwich
© Les Éditions de Minuit
París, 1983

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Daniel McGarrah / Photolibrary / GETTY

Primera edición en «Panorama de narrativas»: enero 1989
Primera edición en «Otra vuelta de tuerca»: septiembre 2014

© De la traducción, Josep Escué, 1989
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7627-7
Depósito Legal: B. 14319-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

1

El cuadro representa a un hombre y una mujer sobre un fondo de paisaje caótico. El hombre lleva ropa de color azul marino y botas de goma verde. La mujer viste traje blanco, algo inesperado en este entorno prehistórico. Mirando a esta mujer, no es difícil imaginar que un cordón dorado pudiera ceñirle el talle y que, con unos cuantos pájaros, y hasta flores, revoloteando a su alrededor, pudiera cobrar el aspecto de una alegoría de no se sabe qué.

Era en las antípodas, a comienzos del invierno. El hombre y la mujer avanzaban por la arista de un terreno inclinado, sembrado de guijarros ovales, mates y livianos como la piedra pómez, que se deslizaban a sus pies y rodaban a cada lado de la cresta, atrayéndose por incitación mutua y formando una larga sucesión de golpes secos y atropellados, como una «r» de vibraciones interminables. Alrededor de los dos personajes, el paisaje estaba fragmentado, cavado, como cortado con una tajadera; se llamaban respectivamente Byron y Rachel.

Que a uno le dé por describir esta imagen, inicialmente fija, que se arriesgue a exponer o suponer sus detalles, la sonoridad y la rapidez de dichos detalles, su eventual olor, sabor, consistencia y demás atributos, es algo que despierta sospechas. Que uno se pueda interesar así por este cuadro es algo que pro-

yecta una duda sobre su realidad misma como cuadro. Puede no ser más que una metáfora, pero puede ser también objeto de una historia cualquiera, centro, soporte o pretexto, quizá, de un relato.

Byron y Rachel anduvieron más de una hora, cruzando cuatro kilómetros de terreno accidentado. Después llegaron al borde de un acantilado que dominaba el mar. Siguieron un rato por la orilla del abismo antes de hallar un camino que llevara al fondo. El camino estaba hecho con restos de escaleras, vigas, barandillas herrumbrosas, cuerdas medio podridas, tablas y quizá más cosas aún. El fondo era de piedra y agua.

Miraron un instante hacia el horizonte vacío. Byron se sentó en el suelo. Rachel hundió la punta de un pie en el agua.

—Está fría —dijo—. ¿Es aquí?

—Supongo.

—¿Crees que se parece a lo que ha descrito Arbogast?

—Todos estos sitios se parecen —dijo Byron—. Y todas las descripciones también.

—De todos modos...

—No existen arrecifes de color rosa: es un embustero. Y además tenemos tiempo.

—De todos modos... —repitió Rachel—. Un arrecife rosa...

Insistía.

—No es el sitio, Byron. Hay que remontar la costa hacia el norte.

—Lo reconozco —dijo Byron—. No es el sitio. Vamos.

Se apropiaron de todo el tiempo que tenían. Se entrevistaron en una pequeña playa de arena gris del tamaño de una cama grande semicircular, cuya base, trazada por el límite del mar y modificada constantemente por el movimiento de las aguas al aplastarse, entrechocar o abortar en ella, parecía siempre a punto de ser anexionada por las olas, que cubrían y desnudaban obstinadamente aquella franja de arena anegada, de estatus incierto, parecida a una especie de tierra de nadie, de zona

fronteriza que disputara el océano a la tierra, y que, tras cada asalto, como para marcar su territorio en señal de desafío, o como se abandonan las armas rotas en un campo de batalla, dejaban la huella de su paso en forma de regueros de espuma cremosa y volátil, semejantes a encajes desgarrados. Una novela, quizá, mejor que un relato.

Dejaron la ropa en los peñascos y se deslizaron entre la arena y el agua como entre dos sábanas limpias y frías, sumergidos hasta los hombros. Las olas más fuertes se abatían sobre su rostro, masas de sal líquida que se les metían por las orejas y la nariz, raspándoles la garganta, abrasándoles los ojos. Se abrazaban sobre aquella capa de polvo empapado, cuyos granos calizos o silíceos se imprimían un instante en su piel endurecida antes de que la ola siguiente viniera a diseminarlos, como si aquel entorno binario, acuoso y pétreo, se empeñara en recobrar sus constituyentes para él solo y en toda circunstancia, aunque fuera una circunstancia amorosa. Así permanecieron mucho rato, obedeciendo al juego irregular de las olas que mandaban en sus cuerpos, decretando sus posiciones. Cerrando los ojos, soldados uno a otro, flotaban en un pozo de abstracción, espacio inmortal sin gravedad ni tiempo, en cuyo seno podían cruzarse, rozándose, angelotes y peces, por ejemplo.

Se dedicaron uno a otro, hasta sentir dolor; después descansaron hasta tener frío. Estaban tendidos boca arriba, uno al lado del otro. Se habían desprendido del agua, que les llegaba a medio cuerpo, como si hubieran echado las sábanas a los pies de la cama. Los cabellos de Rachel cubrían la cara de Byron. Se levantaron y entraron en el agua, nadando de frente hacia alta mar, hacia su límite horizontal. Se hallaban lejos de la playa, casi en pleno piélago, cuando intentaron acoplarse aún sobre un abismo líquido. No lo consiguieron. Volvieron a tenderse en medio de las rocas, en un alveolo de arena seca.

Después se habían vuelto a marchar, siguiendo la costa hacia el norte. Habían subido otra vez al acantilado. Mientras an-

daba, Rachel divisó, tierra adentro, una estela alta y delgada de hormigón gris, erigida en medio de una horda de matorrales bárbaros cuyas anchas hojas relucientes se extendían blandamente a su alrededor. El megalito parecía antiguo; sus flancos estaban erosionados, su base roída por el musgo, que formaba en torno a ella una ganga espesa de felpa verde y parda.

—Es el meridiano de Greenwich —dijo Byron, en voz baja, como a la vista de un indeseable—. No haga caso.

—¿Qué es?

—Un punto de la línea del cambio de fecha —murmuró también, como si la estela estuviera dotada de oído—, la línea que separa un día del siguiente. Esta isla es muy pequeña, está más bien aislada y no se descubrió hasta muy tarde, cuando ya estaba fijado el recorrido del meridiano. No había nadie aquí en aquella época, es normal, es inhabitable. No debieron de juzgar útil modificar el recorrido por tan poca cosa.

Se habían detenido. Rachel no decía nada; tenía la vista puesta en el mojón absurdo.

—Es un meridiano chapucero —seguía diciendo Byron—, chapucero y nadador. Se escurre por el agua de un polo al otro, sin pasar por ninguna otra tierra. Supongo que sería complicado vivir en un país en el que la víspera y el día siguiente distaran tan sólo unos centímetros; podría uno perderse, a la vez, en el espacio y en el calendario; sería insoportable. Éste es el único sitio por donde pasa el meridiano a pie enjuto, y se ha señalado su paso con esto. Igual podían haber construido un muro, para dividir la isla en dos fechas.

—Vamos a verlo —dijo Rachel.

—Puede que sea peligroso —protestó vagamente Byron.

—Venga.

Iba ya corriendo; Byron la siguió. Como habían descansado un poco andando, se tendieron sobre aquel nuevo lecho de hojas relucientes, al pie del umbral efeméride, y rodaron enlazados entre ayer y mañana, y gozaron de un inefechable hoy.

Por fin llegaron al lugar indicado por Arbogast. Se parecía efectivamente a otros muchos puntos del litoral de la isla, al menos en su parte occidentada, pero se adornaba con un rosario de arrecifes a flor de agua, como aletas de escualos, el más saliente y más lejano de los cuales, invadido por una especie de moho eflorescente de un rosa anaranjado, parecía cumplir la función de fanal. Esta vez aguardaron al borde del acantilado. Y luego llegó el barco.

Era un gran velero con los costados erizados de cañones, como los que se pueden ver hoy día encerrados en botellas o en los cuadros de Joseph Vernet. Se acercaba lentamente a la costa, rumbo al arrecife rosa.

—No pasa desapercibido —observó Rachel.

—Precisamente —dijo Byron—, supongo que es deliberado. A nadie se le ocurrirá buscarla a usted en él. Gutman puede mandar registrar los barcos de pesca, vigilar todos los embarcos y hasta las rutas marítimas, pero nadie tocará éste, precisamente porque salta a la vista. Es un viejo truco experimentado.

Desde la cubierta del navío, alguien les hizo señales. Byron agitó un brazo. No hubo más intercambios que los posibles entre una silueta y otra silueta. En el barco se ajetreaban echando un bote al mar, con otras cuatro siluetas a bordo, que empezaron a remar en dirección al acantilado, en dirección a ellos.

Durante el rato que se estuvieron besando, Byron tuvo tiempo de pensar que iban a dejar de besarse, que bajarían luego al pie del acantilado por un camino más fácil que el primero y que llegaría la barca. Se besarían de nuevo y Rachel se embarcaría en medio de las siluetas, que, entretanto, se habrían convertido en caras, cuerpos, ropas sobre esos cuerpos, todos precisos, concretos, distintos unos de otros, y que volverían a remar en sentido opuesto haciendo funcionar bien sus músculos. Byron miraría un rato cómo se alejaba el bote y empezaría a trepar otra vez al acantilado, volviéndose de vez en cuando. Rachel también se volvería, mientras los ojos de cada uno fueran

aún perceptibles para los del otro. Después, cuando ambos se hubieran reintegrado a las siluetas mutuas, Byron dejaría de volverse. Recorrería otra vez cuatro mil metros de desierto laceado y regresaría al palacio.

Así sucedió todo, con una salvedad, y fue que se volvió una última vez, al llegar a la cima del acantilado, y observó el mar. En él se mecía blandamente el navío, en una especie de flotar distraído, descuidado; indiferente también. Era muy grande. Byron contó sus palos, tres, y luego sus velas.

Entonces, en lugar y situación muy diferentes, desfilaron a paso rápido los números seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno y cero en gruesos caracteres, anchas figuras negras y borrosas sobre un fondo grisáceo infestado de puntos fugitivos, a lo que siguió con igual rapidez un sello ilegible e invertido, asimismo negro sobre fondo gris; después, abruptamente, el espacio no fue más que un gran rectángulo blanco, muy luminoso, netamente recortado sobre fondo negro. Al iluminarse este fondo, palideció el rectángulo, revelando la pared áspera que le servía de soporte.

O sea que nada de novela; era una película. La bobina giraba enloquecida sobre su eje, mientras el cabo de la cinta azotaba el aire. Georges Haas paró la máquina, sacó la bobina e hizo correr un momento el pulgar y el índice por los bordes de la cinta celulósica. Después la metió en un estuche de cartón pardo que guardó junto a otros en lo más hondo de un mueble de madera roja, alto y macizo, erizado de multitud de cajones de todos los tamaños, y fabricado en el siglo XVII por un inglés.